

1¹El Señor dirigió su palabra a Jonás, hijo de Amitai, en estos términos:

²—Ponte en marcha, ve a Nínive, la gran ciudad, y llévale este mensaje contra ella, pues me he enterado de sus crímenes. ³Jonás se puso en marcha para huir a Tarsis, lejos del Señor. Bajó a Jafa y encontró un barco que iba a Tarsis; pagó el pasaje y embarcó para ir con ellos a Tarsis, lejos del Señor. ⁴Pero el Señor envió un viento recio y una fuerte tormenta en el mar, y el barco amenazaba con romperse. ⁵Los marineros se atemorizaron y se pusieron a rezar, cada uno a su dios. Después echaron al mar los objetos que había en el barco, para aliviar la carga. Jonás bajó al fondo de la nave y se quedó allí dormido. ⁶El capitán se le acercó y le dijo: —¿Qué haces durmiendo? Levántate y reza a tu dios; quizá se ocupe ese dios de nosotros y no muramos. ⁷Se dijeron unos a otros: —Echemos suertes para saber quién es el culpable de que nos haya caído esta desgracia. Echaron suertes y le tocó a Jonás. ⁸Entonces le dijeron: —Dinos quién tiene la culpa de esta desgracia que nos ha sobrevenido, de qué se trata, de dónde vienes, cuál es tu país y de qué pueblo eres. ⁹Jonás les respondió: —Soy hebreo y adoro al Señor, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra firme.

¹⁰Muchos de aquellos hombres se asustaron y le preguntaron: —¿Por qué has hecho eso? —Pues se enteraron por el propio Jonás de que iba huyendo del Señor. ¹¹Después le dijeron: —¿Qué vamos a hacer contigo para que se calme el mar? —Pues la tormenta arreciaba por momentos. ¹²Jonás les respondió: —Agarradme, echadme al mar y se calmará. Bien sé que soy el culpable de que os haya sobrevenido esta tormenta. ¹³Aquellos hombres intentaron remar hasta tierra firme, pero no lo consiguieron, pues la tormenta arreciaba. ¹⁴Entonces rezaron así al Señor: «¡Señor!, no nos hagas desaparecer por culpa de este hombre; no nos imputes sangre inocente, pues tú, Señor, actúas como te gusta».

¹⁵Después agarraron a Jonás y lo echaron al mar. Y el mar se calmó.

¹⁶Tras ver lo ocurrido, aquellos hombres temieron profundamente al Señor, le ofrecieron un sacrificio y le hicieron votos.

2¹El Señor envió un gran pez para que se tragase a Jonás, y allí estuvo Jonás, en el vientre del pez, durante tres días con sus noches. ²Jonás suplicó al Señor, su Dios, desde el vientre del pez: ³«Invoqué al Señor en mi desgracia y me escuchó; | desde lo hondo del Abismo pedí auxilio | y escuchaste mi llamada. ⁴Me arrojaste a las profundidades de alta mar, | las corrientes me rodeaban, | todas tus olas y oleajes se echaron sobre mí. ⁵Me dije: “Expulsado de tu presencia, | ¿cuándo volveré a contemplar tu santa morada?”. ⁶El agua me llegaba hasta el cuello, | el Abismo me envolvía, | las algas cubrían mi cabeza; ⁷descendí hasta las raíces de los montes, | el cerrojo de la tierra se cerraba | para siempre tras de mí. | Pero tú, Señor, Dios mío, | me sacaste vivo de la fosa. ⁸Cuando ya desfallecía mi ánimo, | me acordé del Señor; | y mi oración llegó hasta ti, | hasta tu santa morada. ⁹Los que sirven a ídolos vanos | abandonan al que los ama. ¹⁰Pero yo te daré gracias, | te ofreceré un sacrificio; | cumpliré mi promesa. | La salvación viene del Señor». ¹¹Y el Señor habló al pez, que vomitó a Jonás en tierra firme.

3¹El Señor dirigió la palabra por segunda vez a Jonás. Le dijo así: ²— Ponte en marcha y ve a la gran ciudad de Nínive; allí les anunciarás el mensaje que yo te comunicaré. ³Jonás se puso en marcha hacia Nínive, siguiendo la orden del Señor. Nínive era una ciudad inmensa; hacían falta tres días para recorrerla. ⁴Jonás empezó a recorrer la ciudad el primer día, proclamando: «Dentro de cuarenta días, Nínive será arrasada». ⁵Los ninivitas creyeron en Dios, proclamaron un ayuno y se vistieron con rudo sayal, desde el más importante al menor. ⁶La noticia llegó a oídos del rey de Nínive, que se levantó de su trono, se despojó del manto real, se cubrió con rudo sayal y se sentó sobre el polvo. ⁷Después ordenó proclamar en Nínive este anuncio de parte del rey y de sus ministros: «Que hombres y animales, ganado mayor y menor no coman nada; que no pasten ni beban agua. ⁸Que hombres y animales se cubran con rudo sayal e invoquen a Dios con ardor. Que cada cual se

convierta de su mal camino y abandone la violencia. ⁹¿Quién sabe si Dios cambiará y se compadecerá, se arrepentirá de su violenta ira y no nos destruirá!». ¹⁰Vio Dios su comportamiento, cómo habían abandonado el mal camino, y se arrepintió de la desgracia que había determinado enviarles. Así que no la ejecutó.

4¹Jonás se disgustó y se indignó profundamente. ²Y rezó al Señor en estos términos: —¿No lo decía yo, Señor, cuando estaba en mi tierra? Por eso intenté escapar a Tarsis, pues bien sé que eres un Dios bondadoso, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal. ³Así que, Señor, toma mi vida, pues vale más morir que vivir. ⁴Dios le contestó: —¿Por qué tienes ese disgusto tan grande? ⁵Salió Jonás de la ciudad y se instaló al oriente. Armó una choza y se quedó allí, a su sombra, hasta ver qué pasaba con la ciudad. ⁶Dios hizo que una planta de ricino surgiera por encima de Jonás, para dar sombra a su cabeza y librarlo de su disgusto. Jonás se alegró y se animó mucho con el ricino. ⁷Pero Dios hizo que, al día siguiente, al rayar el alba, un gusano atacase al ricino, que se secó. ⁸Cuando salió el sol, hizo Dios que soprase un recio viento solano; el sol pegaba en la cabeza de Jonás, que desfallecía y se deseaba la muerte: «Más vale morir que vivir», decía. ⁹Dios dijo entonces a Jonás: —¿Por qué tienes ese disgusto tan grande por lo del ricino? Él contestó: —Lo tengo con toda razón. Y es un disgusto de muerte. ¹⁰Dios repuso: —Tú te compadeces del ricino, que ni cuidaste ni ayudaste a crecer, que en una noche surgió y en otra desapareció, ¹¹¿y no me he de compadecer yo de Nínive, la gran ciudad, donde hay más de ciento veinte mil personas, que no distinguen la derecha de la izquierda, y muchísimos animales?